

4

La Pellicula Selecta

(25)



EL MILAGRO
DE LA FE

por Claire Windsor

174



SEITER, William

La Pelicula Selecta

Director: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

Oficinas: Pelayo, 62 - Teléfono 4128 A.

Año I

Barcelona, 31 Enero de 1925

N.º 4

(THE LITTLE CHURCH AROUND THE CORNER, 1923)

EL MILAGRO DE LA FE

Adaptación novelesca de la película del mismo título, interesantísima comedia sentimental de gran espectáculo

Concesionario: **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66

INTERPRETES PRINCIPALES

El niño David	Winston Miller
La niña Ketty Burrows. . .	Mary Jane Irving
Juan Morton	Hobart Bosworth
El doctor Wallace	Winter Hall
David, el hombre	Kenneth Harlan
El Reverendo Dr. Bradley	Alec Francis
Leila	Claire Windsor
Marcus Hanford	Cyril Chadwick
Ketty Burrows, la mujer.	Pauline Starke
Jorge	Walter Long
Juan, el hermano de Ketty	George Cooper

ARG.: CHARLES E. PLANEY (NOV.) & MARION RUSSELL (TEX.)

G. : OLGA PRUTZ LAU

F. : HOMER SCOTT

En la mina de Juan Morton, la más importante de aquella región, los hombres laboraban constantemente en las negras entrañas de la tierra, huérfanas de la tibia y luminosa caricia del sol; las mujeres, en sus pobres hogares, atendían los domésticos cuidados, intranquilas y en perpetua zozobra por el peligroso trabajo que ocupaba a sus maridos y a sus hijos, y los niños, en su inconsciencia, vivían una existencia semi-salvaje, libre de ocupaciones y preocupaciones, sin el necesario freno de la paterna autoridad y sin el cuidado de la educación de sus inclinaciones y el cultivo de sus inteligencias.

David era un muchachito bueno e ingenuo, de candoroso mirar, tierno corazón y dotado de un alma sensitiva.

Huérfano, cuando su inteligencia no había despertado todavía a la razón, fué recogido y adoptado por el bondadoso doctor Wallace, médico de las minas, persona de bellísimas prendas morales, cuya única ambición era la

de hacer bien al prójimo, por el bien mismo.

El doctor Wallace había asistido en sus últimos momentos al infortunado padre de David, malherido trabajando en la boca de una mina, y con su postrer aliento recogió también su desesperada recomendación:

—¡No olvide a mi hijo!

Wallace educó al huerfanito con los mimos y cuidados que un padre cariñoso, viéndolo sus afanes plenamente correspondidos por David, que aprovechó sus sabios consejos y afectuosas admoniciones.

Pronto echóse de ver en el niño una innata vocación al estudio, y en sus ratos de ocio procuraba su padre adoptivo cultivar los naturales talentos de David, iniciándole en los principios del saber humano.

—¡Qué lástima no poder darle una carrera!

Pero la situación económica del doctor Wallace no le permitía dispendios de la cuantía que hubieran supuesto sus deseos.

Los amigos del pequeño David teníanle en gran estima y hasta para muchos de ellos era un verdadero oráculo.

Porque David poseía naturales cualidades de orador, y esto unido a su profunda fe religiosa, le convertía a veces en un improvisado propagador de sus creencias.

No podían faltar tampoco niños díscolos, de malvados instintos, holgazanes y presuntuosos, que pretenden imponer la ley de su voluntad a sus compañeros de juegos y les sugieren y arrastran en sus travesuras y trapacerías. Estos eran los pequeños y rencoro-

los enemigos de David, que con sana firmeza se negaba a secundarles en sus maldades, y les echaba en cara sus picardías.

—¿Quieres jugar con nosotros?—invitóle aquella mañana Jorge, un muchacho depravado y cínico, pendenciero y voluntarioso.

—¡Anda, sí!—añadió Juan, que vivía influenciado y esclavo de las sugerencias del malvado Jorge—. Hoy es domingo y no tenemos nada que hacer.

—¡Bueno!—aceptó David, no queriendo malquistarse con ellos—. ¿Y tu hermanita?

La hermana de Juan, Ketty Burrows, huérfanos ambos de padre y madre, era una preciosa chiquilla bien digna de compasión, pues estaba privada del uso de la palabra. Los buenos sentimientos de David le inclinaban hacia la pobre desvalida, sintiendo por ella una especial atracción y simpatía.

Poco después de iniciado el juego, se originó una discusión, que el carácter violento de Jorge convirtió en disputa.

—Mira; te voy a poner un ojo a la funeraria ¿sabes?

—Nada, dejémoslo estar—quiso armonizar David—. Toma tú mis monedas.

—¡Nos las repartiremos!—gritó Juan.

—¡Nada de repartos!—impuso Jorge—. Son mías, y nada más.

—¡Chico! Lo equitativo es...—inició David.

No tuvo tiempo de acabar la frase. Jorge le descargó en la mejilla una sonora bofetada.

—¡Para que aprendas a arreglar cuestiones!

David sintió encendersele la sangre, pero

logró dominarse con un poderoso esfuerzo de su voluntad.

Jorge le retó burlón

—¡Anda, monaguillo! Haz como dice el Catecismo: ¡vuelve la otra mejilla!

—¿Para qué?—respondió aquél con hondo desaliento—. ¿Para darte la ocasión de ser aún más malo de lo que eres?

Y como viera pasar a Ketty, la hermana de Juan, uniéndose a ella. La afinidad de sus caracteres y la mutua correspondencia de sus simpatías hacía que los niños se entendieran perfectamente, a pesar de la mudez de la muchachita.

Un agudo lamento les hizo volver la cabeza. Y a pocos metros de ellos vieron a un pobre perrillo que andaba trabajosamente y con una pata en alto, lanzando lastimeros aullidos.

Ketty señaló a Jorge, que con una piedra en la mano se disponía a arrojarla de nuevo sobre el inofensivo animal.

—¡Maldito!—gritaba David con toda su indignación—. ¡Dios quiera que se te paralice el brazo el día que vuelva a alzarlo la maldad de tus instintos!

La tarde de aquel domingo, como otras semejantes, los innatos anhelos evangelistas del niño David hallaban ingenua expresión bajo el techado humilde de un pajar.

David, convertido en diminuto pastor, dirigía sus cálidas frases a un grupo de muchachos, y aun habían entre sus oyentes personas que peinaban canas, atraídas a la improvisada reunión por la curiosidad de oír a aquella pre-

coz criatura, que sabía poner en sus palabras toda la fe de su alma y todos los entusiasmos de un corazón henchido de amor al prójimo.

—Si queréis obrar rectamente, habéis de pensar rectamente—afirmaba el niño predicador—, pues no se puede hacer el bien cuando se piensa en el mal.

Juan Morton, el propietario de la mina, aprovechaba el descanso del día del Señor para inspeccionar el negro antro, de donde arrancaban los cimientos de su fortuna.

Aquella tarde había llegado en su magnífico automóvil, siendo recibido por el capataz de las minas y por el doctor Wallace. Le acompañaba su hija Leina, encantadora muñequita, rubia como un trigal de Castilla, nacida en cuna de oro bajo la varita mágica de un hada bondadosa...

Mientras su padre conversaba de sus asuntos con los que salieron a su encuentro, Leila se dedicó a corretear por las cercanías. Atraída por las voces de David, entró en el pajar y, confundida entre los demás muchachos, púsose a escuchar atentamente la palabra del pequeño predicador.

—La fe es el pilar de la religión—decía en aquel momento David—. La fe todo lo puede y es el consuelo y el sostén del alma. ¡Tened fe!...

Jorge y el hermano de Ketty acertaron a pasar por allí y al percibir a David, exclamó Juan:

—¡Valiente farsante! Otra vez está largando sus camelos de sacristía.

—¡Una idea! ¡Tráete a tu hermana!—apuntó Jorge—. ¡Verás como le cantamos las cuarenta a ese monaguillo!

Poco después y acompañados de Ketty, entraron los despreocupados muchachos en el pajar.

—Te damos una oportunidad para demostrarnos lo que puedes hacer con tu famosa fe—dijo el uno.

—Ya que hablas tanto de fe y de milagros y de tantas simplezas, haz hablar a Ketty—añadió el otro—. ¡Anda! ¡Con el remedio de tu fe, haz que charle por los codos, como tú, condenado hablador!

David miró, con rencoroso desdén, a los que así insultaban sus creencias, y sintiendo en su corazón todas las exaltaciones de su fe religiosa, pensó que el cielo confundiría a los malvados con un prodigio sobrenatural.

—¡Ketty!—gritó a la pobrecita muda, con los ojos iluminados por secreta fiebre—. ¡Ketty! ¡Tú puedes hablar! ¡Anda, habla!

La niña le miraba con extrañeza y temor.

—¡Esfuérzate, Ketty! ¡Esfuérzate! ¡Trata de hablar! ¡¡Por lo que más quieras!!

Pero la infeliz permaneció en silencio, a pesar de la violencia de sus ansias, agudizadas al conjuro de la voz de David.

—¿No os dije que era un hablador y un farsante?—habló Jorge a los reunidos, saliendo luego acompañado de Juan.

David rompió en amargo llanto.

—Yo solo tengo la culpa, Ketty—dijo con voz compungida—. Yo que estaba lleno de

rabia y de odio. ¡Y es imposible hacer el bien cuando el mal emponzoña nuestro corazón!

Y algo más repuesto, añadió:

—Pero no te desanimes, Ketty. ¡Guarda tu fe! Y algún día Dios se apiadará de ti y... ¡quién sabe!

La mudita pareció contestar con sus gestos:

—¡Te lo prometo, David!

Leila, que había asistido en silencio a la escena, se acercó a David, y como pretendiente consolarle de su cuita, díjole:

—Mi tío es un predicador de una iglesia muy grande y muy bonita, pero tampoco ha curado a nadie.

David miró con gratitud a la niña.

—¡Pero si vieras qué cosas más hermosas habla!—continuó Leila—. ¡Da gusto oírle!

En esto, Morton y sus acompañantes pasaban casualmente por aquel lugar. Leila corrió a abrazar a su padre. David y Ketty salieron afuera.

El doctor Wallace llamó a su hijo adoptivo y lo presentó al propietario de la mina.

—El padre de este niño murió en un accidente trabajando aquí. Lo he prohiado desde entonces y créame usted, señor Morton, que es una verdadera lástima no poder darle una carrera. Tiene disposiciones excepcionales.

—¡Yo me encargo de ello!—afirmó Morton—. Es lo menos que puedo hacer por él, habiendo su padre perdido la vida en mi mina. Ahora mismo se viene con nosotros a la capital. ¡Prepárenlo todo!

David no sabía lo que le pasaba. En un



¡No permanezca sordo a sus demandas!

arranque de su sensible corazón, besó efusivo la mano de Morton y con voz velada por la emoción, dijo:

—¡Cuánto se lo agradezco, señor! ¡Créame que haré lo imposible para que no se arrepienta jamás de su bondad!

II

Transcurridos unos años de estudio y preparación, el niño de ayer ve cristalizados sus anhelos y plenamente cumplidas aquellas secretas ambiciones de su infancia.

El paso del tiempo ha hecho de David un hombre, multiplicando el vigor de sus músculos y de su mentalidad; mas ha dejado intacto el caudal de su fe y la exquisita sensibilidad de los años infantiles.

Juan Morton estaba plenamente satisfecho de su obra, pues David había sabido corresponder a su protección y todo el mundo auguraba un brillante porvenir al joven pastor.

Convivía con la familia Morton un tío de Leila, el reverendo doctor Bradley, pilar de una de las iglesias más *elegantes* de la ciudad. Un pastor de ovejas de dorado vellocino...

El reverendo Bradley había cobrado un sincero afecto a David, cuyas cualidades estimulaba en alto grado.

—Hijo mío—le decía aquella tarde—. Tengo forzosamente que interrumpir mis deberes por algún tiempo. Estoy quebrantado de salud

y de ánimos, y desearía que durante mi ausencia ocuparas tú mi púlpito.

—Aprecio altamente el honor que usted me dispensa, pero... tengo que declinarlo. El deber, con imperativo categórico, me impide aceptar su honrosa oferta.

—¿Qué deber, David?

—Mi sitio está allí abajo, en las minas. ¡Me necesitan, señor! Sería una ingratitud y una traición por mi parte el no llevarles el fruto sazonado de mis estudios y vigiliass...

—¿Crees, pues, que tu porvenir es predicar en una cuadra?

—¡Amor y fe, y no muros de piedra, hacen la iglesia! ¿No nació Cristo en un humilde pesebre?

—El señor Morton ansía verte ocupar mi cátedra—insistía Bradley—. Ahora bien, ¿no crees que le debes alguna consideración?

—Está bien, señor. Lo pensará serenamente y ya le comunicaré mi decisión.

Leila, la rubia crisálida de ayer, se ha transformado en la más bella mariposa, alegrando la casa de Morton con su bulliciosa alegría y el encanto cautivador de su simpatía.

—¿Quién soy?—fingió la voz, cubriendo con las manos—pétalos de rosa—los ojos de su padre.

Morton sonrió con amplia sonrisa de halago.

—¡Ole, papáito! Estás más guapo que nunca. Mira... te quería decir...

—¿Cuánto es esta vez?—interrumpióla Morton bondadosamente.

—Es cuestión de amor propio, papá. La se-

ñora Devon donó cinco mil dólares para el fondo del Hospital, y yo no quiero ser menos...

—¡Vaya por los cinco mil!

Dando saltos de alegría salió Leila del despacho de Morton con el cheque en la mano.

En uno de los salones tropezó a David.

Leila atajó su bullicio, quedando en pie ante aquél.

—Buenas tardes, señor doctor—saludóle risueña, con afectada ceremonia.

—Hola, muchacha. ¿Qué es eso?

La hija de Morton alargóle el billete azul.

—¡Para mis pobres!

La naciente simpatía que un día, ya lejano, de su infancia, inicióse entre ellos, se había transformado en otro sentimiento más hondo y de más fuertes atracciones.

La convivencia bajo el mismo techo, las preclaras virtudes de toda índole que adornaban a David y la suave belleza de Leila, esbelta y rosada como flor de loto, habían resultado mutuos incentivos de acercamiento.

Y sin que sus labios hubiesen pronunciado la palabra amor, sus ojos habían expresado las más inefables promesas y en su corazón el pájaro azul de la ilusión tenía fabricado su nido de doradas pajas...

—¡Qué buena eres, Leila!

—Tú me has enseñado a serlo, David. De ti he aprendido la ciencia más hermosa y más sublime... ¡La del amor al prójimo!

El joven pastor quedóse pensativo unos momentos. Sacó su cuaderno de notas y trazó

unas palabras. Arrancó la hoja, que entregó a Leila.

—Prométeme que no lo leerás hasta la noche; lo último de todo.

La entrada de Morton, acompañado de Marces Hanford, interrumpió el diálogo.

Hanford era un parásito del mundo elegante y su asiduidad a la casa de los Morton obedecía a razones no ciertamente de amistad o consideración. Marces, cazador de dotes, había olido la fortuna del minero y aspiraba más que a la mano de Leila, a los millones del padre de ésta.

La actitud en que halló a David y a la hija de Morton, le produjo seria contrariedad, pues hombre avezado a las lides amorosas, presumió seguidamente que un lazo de cariño unía a su deseada con el joven pastor.

—Por lo visto—dijo al oído de Morton—, nuestro curita no circunscribe su amor exclusivamente a las cosas divinas...

El rico minero respondióle con un gesto equívoco, que Hanford interpretó como aprobación o aquiescencia a lo por él sospechado.

Imaginando perdida la partida, pensó que lo más prudente era abandonarla...

Antes de apagar la luz de su habitación para entregarse al sueño, Leila fué a leer «lo último de todo, según deseos de David. Lo escrito venía en latín y se refería a un apartado de la Biblia.

Pidió una a la doncella y se puso a hojearla, hasta hallar la versión de lo que la interesaba.

A Dios le doy las gracias por cada recuerdo tuyo que El me trae a mi alma.

Aquella noche tuvo Leila un sueño delicioso, del que no hubiera querido despertar...

David luchaba entre su amor a la hija de Morton, que le retenía a su lado con ligaduras de seda, y lo que él estimaba su deber, que le señalaba el camino de la mina.

Y haciéndose superior a sí mismo, pensó terminar de una vez aquella situación equívoca.

Al día siguiente abordó resueltamente a su adorada.

—Mi amor por ti, Leila, me hace olvidadizo de mis deberes... Mi gente, los míos, me necesitan, me reclaman. Me debo a ellos y entre ellos debo volver.

—¡David, no me abandones!—suplicaba acongojada la gentil muchacha—. ¡Te quiero, te quiero, y tu marcha sería una traición a mi cariño!

—Pero ¿y aquellos infelices?

—Te necesitamos aquí más que en la mina. Tienes que enseñar caridad y desprendimiento a los ricos, del mismo modo que has enseñado a querer a mi alma...

—¡Acaso tengas razón!—dijo David, después de unos momentos de reflexión—. No examiné nunca la cuestión desde ese punto de vista...

Leila, aprovechando el estado de transacción del joven pastor, gritó al doctor Bradley, que entraba en aquel momento:

—Tío, puedes marcharte a descansar una

temporada y a cuidar de tu salud. David se queda con nosotros.

Unos días después se celebraba en casa de los Morton una solemne recepción en honor del nuevo pastor David Graham.

Desde que éste había sustituido al viejo doctor Bradley, las feligresas parecían haberse dado cita para someter a la resolución del joven pastor los más arduos problemas de orden espiritual.

David, que entendía bien el corazón femenino, comprendía perfectamente qué intenciones guiaban a muchas de las consultantes y con su exquisita diplomacia las desengañaba prestamente.

Ni en la misma recepción le dejaban en paz.

—¡Soy tan desdichada, señor!—se dolía la señora Devon, una de las damas más linajudas de la capital—. Mi marido no sabe comprenderme. Yo quisiera explicarle... ¿Será usted tan bondadoso que venga a verme a mi casa... algún día... pronto...

—Mi querida señora. Creo que será mejor que hable primero con su esposo.

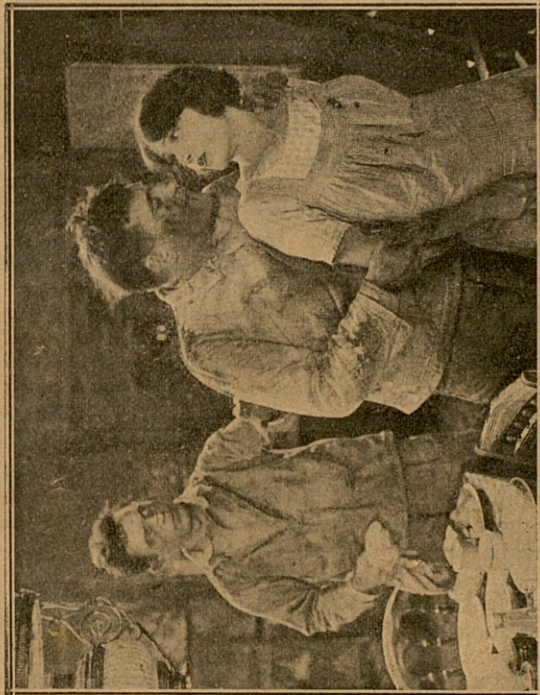
Y se alejó de la impertinente.

—Si no fueras quien eres, David, la lealtad hecha hombre, creo que hasta me sentiría celosa...

—¡Mi Leila!—contestó el pastor, apretándole fuertemente una mano.

Un ruido de voces en la antesala, llamó la atención de David.

Al inquirir su origen, le dió la noticia un criado.



Los dos venían, a veces, borrachos a la casa...

—¡Una delegación de la mina, señor!

Los años transcurridos no habían aportado grandes cambios a la población minera, que un día banadonara David para seguir nuevos rumbos. Salvo que los niños y las niñas de ayer se habían convertido en hombres y mujeres, y el boquete de la mina ha ido ahondándose y conquistando mayores negruras, todo seguía igual que antaño.

Ketty, hecha una real moza, privada siempre del uso de la palabra, pero con su fe intacta e inexpugnable, sólo tenía una preocupación: la de ver a su hermano Juan bajo la constante y perniciosa influencia de Jorge, su antiguo compañero de travesuras e iniquidades.

Los dos venían a veces borrachos a la casa, teniendo siempre a Ketty sobresaltada los malvados instintos de Jorge, al que suponía capaz de todas las villanías.

Aquella mañana, después del trabajo, se habían reunido los obreros de la mina para tratar un asunto de suma importancia. Jorge llevaba la voz cantante.

—Morton tiene que escucharnos. Toda la galería del Este tiene los sostenes podridos y es una constante amenaza para los que trabajan en ella.

Después de una laboriosa discusión, acordóse que una comisión se trasladase aquella tarde a la capital.

Morton, que estaba en su despacho, recibiendo las felicitaciones de sus amigos por el

nombramiento de su protegido, se enteró de la llegada de los comisionados.

—¿Qué significa esta intrusión, señores?

—Significa—habló Jorge—que los trabajadores estamos cansados de promesas y exigimos hechos... ¡realidades!

—A menos que reparen la mina para que los hombres puedan trabajar en ella con toda seguridad, se declarará la huelga—añadió Juan.

—He llenado siempre todos los requisitos que marca la ley—contestó Morton—y no ha habido demanda justa de los trabajadores que yo no haya atendido.

—Sus hombres le están pidiendo únicamente lo que ellos creen justo y razonable—dijo conciliador el capataz de la mina.

—Sí, muy bien—respondió aquél—. Pero en este caso me parece que exageráis. ¡Volveos allá! De todos modos yo pensaré lo que debo hacer.

David, que había asistido a toda la entrevista, intervino con serena firmeza.

—¡No permanezca sordo a sus demandas! Piense que esos hombres, hundidos por la necesidad en los negros abismos de la tierra, son los que sostienen con su trabajo este mismo pavimento donde bañan sus invitados...

—¡Poco esperaba esto de ti, David!—le reconvino Morton con amarga sonrisa.

—¡Olvida usted, señor, que mi propio padre perdió la vida en la mina!

Lo ocurrido determinó a David a una extrema resolución.

Salió en busca de Leila, a la que habló:

—No sería digno de tu amor, mi adorada, si me evadiera ante este primer llamamiento del deber. ¡Debo volver entre los míos! ¡Ahora me necesitan más que nunca!

—¡David!

—Adiós, Leila. Si tu cariño es tan firme como el mío, no temas al tiempo ni a la distancia. ¡Volveré!...

III

La escena fué inenarrable.

El doctor Wallace, ya anciano y achacoso, recibió entre sus brazos a David, su hijo adoptivo, con los extremosos transportes y una alegría verdaderamente conmovedora. Lloraba y reía al mismo tiempo y las frases que atropelladamente fluían a sus labios, sólo cristalizaban en una palabra:

—¡Hijo! ¡Hijo!

Las nuevas del regreso de David, se extendieron rápidamente por toda la comarca y los que estaban libres de trabajo acudieron a estrechar la mano del joven pastor, que tenía para todos una sonrisa o una palabra afectuosa.

Una confusa gritería y el correr de las gentes con muestras del más espantoso pánico, sobresaltó a David y a los que en aquel momento le acompañaban. Lanzáronse en averiguación de lo que ocurría.

—¡Lo temido! ¡Lo esperado!—gritaba un anciano, con desesperación—. ¡La galería del Este se está derrumbando!

—¡Horror! ¡Emparedados vivos! ¡Están perdidos sin remedio!

—¡ Calma ! ¡ Calma !—aconsejaba David—
¡ Organicemos el salvamento !

Se puso un telegrama al propietario de la mina.

«Galería Este de la mina hundióse.»

—¡ Una partida de hombres ha quedado in-
comunicada !—anunció el capataz que venía
corriendo—. Toda una porción de la galería
Este se ha hundido.

—¡ Imbéciles !—escupía Jorge—. ¡ Si se hu-
bieran declarado en huelga cuando se lo dije,
nada de esto hubiera ocurrido !

—No es tiempo ahora para reproches y co-
mentarios—exclamó David—. ¡ Todas las ener-
gías para salvar a esos hombres !

Vistióse el traje de minero y provisto de un
pico se internó resueltamente en la mina, se-
guido de una docena de valientes.

—¡ Animo, muchachos ! ¡ Sin desmayar !

Y dando el ejemplo comenzó a transportar
los materiales derrumbados y a arrancar las
piedras para llegar a establecer la comunica-
ción con los infelices sepultados en vida.

—¡ Fuera luces !—gritó uno de los mine-
ros—. ¡ Se está formando grisú !

Y a obscuras continuaron su angustioso tra-
bajo.

Este avanzaba con una lentitud desesperante.

Arriba, una compacta muchedumbre—ma-
dres, esposas, hijos y compañeros de los in-
fortunados—aguardaba con fiebre de emoción
el resultado del salvamento.

Las horas transcurrían lentas, como eterni-
dades de dolor y de agonía...

Llegó Morton en su automóvil, acompañado
de Leila, entrando seguidamente en el des-
pacho del capataz de la mina.

—¡ Ahí viene Morton !

Fué un grito de rabiosa acusación, contra
el que suponían causante de la catástrofe.

Leila inquirió, con temblores de angustia :

—¿ Dónde está David Graham ?

Apenas quisieron responderle. La mucha-
cha volvió al lado de su padre.

—No salgas ; sería una locura con esa mul-
titud enfurecida...

Entretanto David, convertido en un verda-
dero héroe, insensible a la fatiga, fuerte como
un semidios, seguía su titánico trabajo, hora-
dando la tierra que se había convertido en ase-
sina de sus hijos...

Los gases letales invadían, sutiles y traido-
res, aquella tumba viviente.

Y la fría garra de la muerte acariciaba des-
carnada la garganta de aquellos infelices.

—¡ Me muero ! ¡ Me ahogo ! ¡ Padre ! ¡ Pro-
méteme que cuidarás de ella cuando yo me
haya ido !...

Las escenas de terror se sucedían entre
aquellas sombras espantables.

—¡ No cejen ! ¡ Animo !—clamaba David—
¡ Tenemos que salvarles !

El capataz de la mina expresaba a Morton su
desaliento.

—¡ Es imposible ! ¡ No llegarán al otro lado
hasta mañana ! ¡ Y no es posible que resistan
tanto los hombres !

Se montaron puestos de socorro en previsión

de ulteriores necesidades y se dispuso lo necesario para atender convenientemente a las víctimas.

La muchedumbre aguantaba a pie firme la interminable espera.

¡Una noche de angustias e incertidumbres, de desesperaciones y horribles presagios!

¡Y al fin las livideces del amanecer!...

Abajo, los valientes y abnegados salvadores luchaban desesperadamente contra la fatiga que comenzaba a vencerles.

Un grito de alegría, de triunfo, se escapó de los labios de David.

—¡Que vaya alguien arriba a decir que estamos ya a punto de comunicar con los hombres sepultados!

La noticia produjo enorme expectación entre los que esperaban. El temor del desenlace de aquel terrible drama, aceleró los latidos de los corazones.

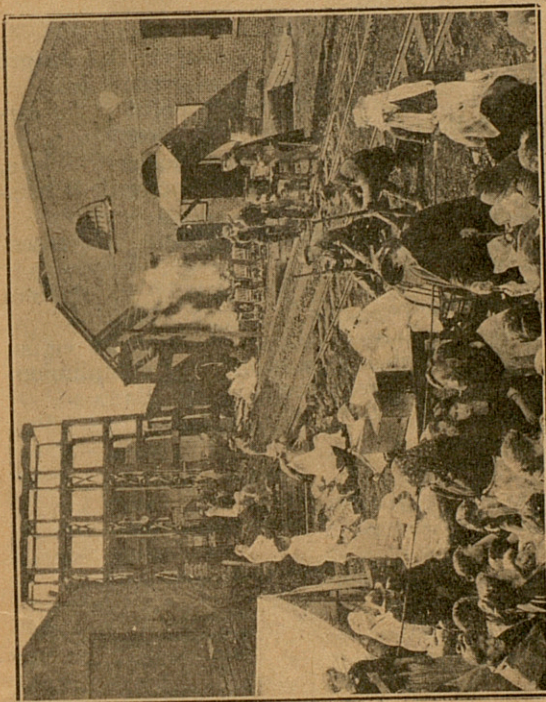
Establecióse la comunicación. Un silencio aplanador reinaba en el negro antro. David se acercó a los que yacían en tierra. Auscultó al primero.

—¡Vivo! ¡Oh, Dios, gracias, gracias!

La corriente de aire establecida, consiguió ir reanimando a los caídos y con enorme contento y alegría sin límites vióse que todos vivían aún.

Comenzaron a sacarlos a lo alto. Los parientes de las víctimas no sabían si llorar o reír; tal era la emoción que les embargaba.

Uno de los extraídos, tendido sobre un cojón, despertóse del desmayo en que le habían



Las horas transcurrían lentas como eternidades de dolor y de agonía...

sumido los deletéreos gases, y sin acordarse de lo que le había sucedido, exclamó dirigiéndose a su esposa:

—¿He? ¿Está ya la comida lista?

Al darse cuenta de la inminencia del peligro salvado, se abrazó sollozando a sus hijos.

David, sudoroso, negro de polvo y de carbón, salió por fin al aire libre después de las horribles horas vividas en aquellas tinieblas.

Una muchacha reconocióle a pesar de la mascarilla que desfiguraba su rostro.

Y con los ojos pareció dirigirle una desesperada interrogación.

—¿No te acuerdas ya, David?—díjole uno de los mineros—. Es la pequeña Ketty.

David la saludó con gran afecto. Y en su mirada pareció leer la súplica del cumplimiento de una promesa hecha cierto día...

IV

Los instintos de rebeldía y eterna protesta que anidaban en el alma depravada de Jorge, aprovecharon aquellas circunstancias y el estado de excitación de los mineros, para hacer brotar en sus corazones la semilla del odio.

Ante un numeroso grupo de compañeros vociferaba con exagerados ademanes, acusando responsabilidades y abofeteando a los mineros con el dictado de cobardes y mujerucas...

—¡Qué! ¿Vamos a pasarle también esta a Morton? ¡Necios! ¿Lo vais a dejar marchar tan tranquilo a su palacio?

La chispa de su rencor prendió en los pechos de aquellos hombres rudos e impresionables y muchos comenzaron a hacer coro a las irritadas palabras de Jorge.

—¡Venid! ¡No os acobardéis! Le daremos una buena lección para que se acuerde de nosotros.

Y todos en tropel, capitaneados por aquel hombre, capaz de todas las ruindades, se dirigieron al edificio de la administración donde estaba Juan Morton, a quien acompañaban en aquel momento su hija Leila y David Graham, entregados a los transportes de su amor, exaltado en la gentil muchacha por el peligro inminente que había corrido la vida del amado.

Al darse cuenta de las intenciones que lle-

vaban los manifestantes, salió David a la puerta del edificio y trató de calmar a los excitados mineros.

—¡Cálmense, amigos míos! ¡La violencia no lleva a ninguna parte! ¡Déjenme que hable yo a Morton! Estoy seguro de que atenderá sus razones después de lo que ha sucedido.

—¡La palabrería no lleva a ninguna parte! —atajaba Jorge—. Dejad a ese farsante hablador y vámonos en busca de Morton.

—¡Hermanos! ¿No tenéis confianza en mí? ¡El odio y la violencia no resolvieron jamás ningún problema de la humanidad! ¡El amor y la fe son potencias que todo lo consiguen! ¡Tened fe y ganaréis! ¡Esperad!

—No hay duda de que esas son palabras muy lindas y de mucho efecto. Pero ¿qué salimos ganando nosotros con ellas? ¿Qué problemas nos han resuelto hasta ahora?

Los obreros se impacientaban y avanzaron hacia la puerta.

—¡Estamos hartos de promesas! —gritaban unos.

—¡Queremos hechos, hechos! —aullaban los otros.

—¡Hechos! ¡El grito de una humanidad dolorida y hambrienta!

El joven pastor, impotente ante la avalancha de los descontentos, tenía la inminencia del peligro que suponía aquella actitud para Morton y su hija.

Una mujer asistía a aquel pugilato de frases y contemplaba la escena con patentes muestras de excitación.

Divisóla David y señalándola con un dedo, exclamó:

—¡Ahí tienen una mujer que jamás perdió su fe!

—¡Así está ella! —dijo burlón Jorge—. ¡Muda y sin remedio!

Ketty abrióse paso entre los mineros, llegando hasta el lado de David.

Los ojos de la muchacha brillaban con extraño fulgor de iluminada. Su cuerpo tenía incontenibles temblores de fiebre.

David dirigió una mirada a lo alto, y poniendo su mano sobre la cabeza de Ketty, exclamó con tono persuasivo e insinuante:

—¡Ketty, háblales! ¡Diles con tu voz y con tu alma que tengan fe! ¡Háblales!

La muchacha hizo un violento esfuerzo y en su garganta tremó un sordo ronquido.

—¡Por tu fe, Ketty! ¡Háblales! ¡Háblales!!

La muchacha se debatía en intensos anhelos. Contraídos los músculos de su cara, coloreada por oleadas de sangre, parecían sus venas próximas a estallar.

Y en medio de un silencio solemne y temeroso, contenido hasta el latir de los corazones, brotó clara y vibrante una voz jamás oída hasta entonces.

—¡David! ¡Puedo hablar! ¡Puedo hablar!

Un escalofrío recorrió hasta el alma de todos los presentes.

—¡Hermanos! —clamó David—. ¡Mirad el milagro de la fe! Id tranquilos y confiados a

vuestras casas y ved cómo Dios no abandona a los que tienen fe en sus bondades.

Los mineros se disolvieron pacíficamente, llevando en el alma una profunda impresión por el suceso de que acababan de ser testigos.

Después del esfuerzo sobrehumano realizado por David, para vencer primero en las negras entrañas de la tierra y luego en las de los hombres, rota a tensión, vino el decaimiento de todas sus fuerzas.

Tuvo que acostarse, rendido y maltrecho. A su lado Ketty y Leila atendían cuidadosamente al postrado.

—¡David ha venido para quedarse ya siempre entre nosotros!—decía Ketty con muestras de gran contento.

Leila, cada momento más enamorada de aquel hombre bueno, todo nobleza y corazón, arrodillóse junto al lecho y tomando una mano de David, habló con voz firme, vibrante de pasión:

—¡David, mi Rey y Señor!... Soy tu sierva que te adora ¡y tu pueblo será mi pueblo!

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse. Los pedidos a la administración de EL CINE, Pelajo, 62, Barcelona.

Nuestros lectores en Madrid encontrarán todos los números publicados en el kiosco de don Manuel Fernández, situado en el Paseo de Recoletos, frente al número 14.

Números publicados:

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (retrato de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique*, extraordinario (Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (Charles Ray); 9.º *Sin ayuda de nadie* (Betty Compson); 10. *El hombre de Río Perdido* (Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (Edmundo Lowe); 13. *El huésped de media noche* (Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (Margarita La Motte); 19. *Amor de madre*, extraordinario (Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico* (Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle*, extraordinario (Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (Roy Stewart); 29. *No hay juego sin trampa* (Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (Frank Mayo); 32. *Una dama de calidad* (Baby Peggy); 33. *Resurrección* (Jane Mercer); 34. *El trapero de París* (Jack Hoxie); 35. *Curro Vargas* (Williams Desmond); 37. *Luchar y vencer*, primera parte (Pearl White); 38. *Luchar y vencer*, segunda parte (Tom Mix); 39. *El policía rural* (Alma Rabens); 40. *El Niño Rey* (Luciano Albertini).
Números ordinarios: 25 céntimos. — Extraordinarios: 50 céntimos.—La colección completa, 10 ptas.

La Película Selecta

LA PELICULA SELECTA, igual que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una gran fotografía directa, con marco, de uno de los más populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo el regalo al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de LA PELICULA SELECTA excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En el número próximo, que aparecerá el sábado, día 7 de febrero, se publicará la adaptación novelesca de la grandiosa película

Genoveva de Brabante

de la que son principales intérpretes

Lilly Marischka y Franz Boebling

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES EL CINE
Pelayo, 62-Telef. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14